

Nicetas de Remesiana

SOBRE LA MÚSICA CRISTIANA

**1. Quien cumple lo prometido saldó la deuda. Recuerdo que, al tratar de la belleza y la utilidad de las vigili-
as, prometí hablar en la siguiente homilía de la alabanza y del
oficio de los himnos, lo que cumpliré, si Dios quiere, esta
homilía de ahora.**

**Sin duda que no se podría encontrar otro tiempo me-
jor que éste, cuando los hijos de la luz ¹ hacen de la no-
che día, y en el que la misma noche ofrece silencio y paz,
cuando estamos celebrando esto mismo que pretendemos
tratar en la homilía. El momento apropiado para arengar
al soldado es cuando está a punto de entrar en el comba-
te; y los marineros entonan la cantilena ² cuando surcan
el mar inclinados sobre los remos. Y para esta asamblea
reunida para el oficio de los himnos éste es el momento
más oportuno para hablarles, como anuncié, de esta obra.**

2. Sé que hay algunos, no sólo entre los nuestros sino también entre los de las provincias orientales³, que consideran el canto de los salmos y de los himnos como algo superfluo y menos acorde con el culto divino, pues piensan que basta con recitar el salmo con el corazón y que resultaría amanerado⁴ si lo mismo se expresara en voz alta. Y a esta opinión le aplican el texto del Apóstol que escribe a los efesios: *“Llenáos de Espíritu hablando entre vosotros con salmos, himnos y cánticos espirituales, can-*

tando y salmodiando a Dios con agradecimiento en vuestros corazones”⁵. He aquí —dicen—, que el Apóstol determinó que se había de salmodiar *con el corazón*, y no parlotear modulando la voz como en una tragedia, pues a Dios que *escruta los corazones*⁶ le basta con que se cante en el secreto del corazón. Mas yo, dejándome guiar por la verdad, así como no reprendo a los que *salmodian con el corazón*, —pues siempre es útil meditar con el corazón las cosas de Dios—, sí alabo a los que también glorifican a Dios⁷ con el sonido de su voz. Y antes de aducir los testimonios tomados de muchos pasajes de las Escrituras, tomando como punto de partida el texto mismo del Apóstol que muchos objetan a los cantores, refutaré con su prescripción sus charlatanerías. En efecto, lo que en realidad dice el Apóstol es *“llenáos del Espíritu hablando”*⁸. Me parece que nos abrió la boca, nos soltó la lengua y nos hizo desplegar los labios, pues sin estos órganos es imposible que el hombre pueda hablar. El que guarda silencio se diferencia del que habla como el calor se distingue del frío. Pero cuando dice: *“Hablando con salmos, himnos y cánticos”*⁹ no habría hecho mención también de los cánticos si hubiera querido que el que salmodia guardara silencio absoluto, pues nadie puede cantar en silencio. Y cuando dijo en *vuestros corazones* nos avisó de que no se cantara con sola la voz sin la disposición del corazón, tal como expresa en otro pasaje: *“cantaré con el espíritu y cantaré también con la mente”*¹⁰, es decir, con la voz y con la inteligencia.

Pero estas cosas son invenciones de los herejes, que, al rechazar los cánticos, lo que debilitan sutilmente es otra cosa, pues oponiéndose a los profetas y en los profetas intentando destruir al Dios Creador, bajo capa de honesto silencio pretenden vaciar de contenido los dichos de los profetas y especialmente las cánticos celestiales de David.

3. Mas nosotros, carísimos, que estamos instruidos por el magisterio profético, evangélico y apostólico, pongamos ante nuestros ojos los dichos y hechos de aquéllos por los cuales somos todo lo que somos y defendamos apoyándonos en los mismos autores cuánto le agradan a Dios desde siempre los *cánticos espirituales*. Si nos preguntamos quién fue el primero que descubrió este género de cantos, no encontraremos a otro sino a Moisés que, cuando Egipto fue azotado con las diez plagas ¹¹ y el Faraón se hundió en el mar ¹² y el pueblo salió hasta el desierto por los intransitables caminos del mar ¹³, entonó a Dios un espléndido cántico diciendo en acción de gracias: “*Cantemos al Señor, pues se ha honrado gloriosamente*” ¹⁴. Ni se ha de aceptar insensatamente el libro que se titula *La Investigación de Abrahán* ¹⁵, en el que se cuenta que can-

tan él, los animales, las fuentes y otros elementos. Tal libro no merece credibilidad alguna pues no se apoya en ninguna autoridad. Así pues, Moisés, el guía de las tribus de Israel, fue el primero en crear los coros y yendo él y su hermana al frente de los diversos grupos de uno y otro sexo enseñó a cantar un cántico triunfal en honor de Dios. A continuación, en el Libro de los Jueces ¹⁶ encontramos que una mujer ilustre, Débora, desempeñó este ministerio. Y el mismo Moisés, antes de morir ¹⁷, compuso en el Deuteronomio ¹⁸ un cántico terrorífico que dejó escrito como testamento para el pueblo, de modo que las tribus de Israel supiesen qué clase de destrucción les sobrevendría si se apartaban de Dios. ¡Oh desgraciados y dignos de compasión por no haber querido mantenerse lejos de las supersticiones prohibidas, a pesar de tan claro aviso!

4. A partir de entonces puedes encontrar a muchos, no sólo hombres, sino también mujeres llenas del Espíritu divino, que cantaron los misterios de Dios. Sobre todo a David, que desde su infancia fue especialmente elegido por el Señor para este ministerio, y mereció ser príncipe de los cantores y tesoro de poemas ¹⁹. Siendo aún joven, cantó acompañado del arpa tan suave y tan poderosamente que puso en fuga al espíritu maligno que actuaba en Saúl ²⁰, —no porque aquella cítara poseyera una virtud tan grande, sino porque era figura de la cruz ²¹ de Cristo

representada místicamente en la madera y en la extensión de sus cuerdas, y porque la misma pasión que se cantaba vencía ya entonces al espíritu del demonio.

5. ¿Qué no podrás encontrar en sus salmos ²² que no sirva para utilidad, edificación y consuelo del género humano, de cualquier raza, sexo y edad? El niño encuentra en él la leche que lo nutra, el muchacho palabras para la alabanza, el adolescente para corregir su camino ²³, el joven lo que seguir, el anciano lo que rezar. La mujer aprende el pudor, los huérfanos encuentran un padre, las viudas un juez, los pobres un protector ²⁴, los extranjeros un defensor. Los reyes y los jueces escuchan lo que temer. Un salmo consuela al triste, modera al alegre, calma al airado, alienta al pobre, reprende al rico para que se conozca a sí mismo. Un salmo proporciona a todo el que lo acepta los medicamentos apropiados ²⁵; tampoco desprecia al pecador sino que le insinúa saludablemente el remedio mediante las lágrimas de penitencia. Evidentemente el Espíritu Santo ha previsto y prevé el modo cómo incluso los corazones más duros y reticentes recibieran poco a poco y casi con deleite las palabras divinas. Dado que la naturaleza humana rehuye y rechaza lo duro, aunque sea saludable, y a duras penas acepta algo si no parece ofrecerle algún atractivo, el Señor por medio de su siervo David confeccionó esta bebida que fuese por el canto dulce al paladar y eficaz por su virtud para curar las heridas de los pecados. El salmo se escucha con agrado mientras se canta. Penetra el alma en tanto que deleita. Se aprende fácilmente

de memoria cuanto más frecuentemente se canta ²⁶. Y lo que la austeridad de la ley no podía arrancar del corazón del hombre, lo obtiene esta bebida mediante la dulzura de la canción ²⁷. Pues todos los preceptos de la ley, de los profetas y de los mismos evangelios se contienen en estos cantos como medicina de suave dulzura.

6. Se revela a Dios y se desprecia a los ídolos; se reafirma la fe y se rechaza la infidelidad; se inculca la justicia y se prohíbe la iniquidad; se alaba la misericordia y se abomina de la crueldad; se busca la verdad y se condena la mentira; se denuncia el engaño y se recomienda la inocencia; se rechaza la soberbia y se exalta la humildad; se anuncia la paciencia y se promueve la paz, se pide protección contra los enemigos, se promete la venganza, se alimenta una esperanza cierta y lo que es mucho más importante que todo esto, se cantan los misterios de Cristo, pues se anuncia su nacimiento ²⁸ y se habla del rechazo del pueblo impío ²⁹ y de la herencia de los gentiles ³⁰. Se cantan los milagros del Señor, se describe su venerable pasión, se muestra su resurrección gloriosa y no se oculta que está sentado a la derecha ³¹. Finalmente se anuncia la fulgurante venida del Señor y se abre el terrible juicio ³² sobre los vivos y los muertos. ¿Qué más? También se revela el envío del Espíritu creador y la renovación de la tie-

rra ³³: después de todo esto será el reino sempiterno de los justos en la gloria del Señor y el perenne suplicio de los impíos ³⁴.

7. Éstos son los himnos que la Iglesia canta a Dios. Éstos son los que esta nuestra asamblea practica también con el sonido de la voz. Éstos no afeminan al cantor sino que más bien lo vigorizan, pues no excitan sino que extinguen la lujuria ³⁵. Ya verás si se puede poner en duda que los himnos agradan a Dios cuando todo lo que se lleva a cabo está orientado a la gloria del Creador. Con razón el mismo profeta cuando invita a todos y a todas las cosas a alabar al Dios que lo gobierna todo dice: *“Todo espíritu alabe al Señor”* ³⁶, prometiendo ser él mismo un alabador decía: *“Alabaré el nombre de Dios con cánticos, lo glorificaré con la alabanza. Y esto le agradará a Dios más que un novillo con cuernos y pezuñas”* ³⁷. He aquí lo más importante, a saber, el sacrificio espiritual que es mayor que todos los sacrificios de víctimas. Y no sin razón. Mientras que allí se derramaba la sangre de animales irracionales, lo que aquí se inmola es la alabanza racional que brota del alma misma y de una conciencia buena. Justamente dice el Señor: *“El sacrificio de alabanza me glorificará y allí está el camino por el que le mostraré la salvación de Dios”* ³⁸. Alaba al Señor con tu vida *“ofreciéndole el sacrificio de la alabanza”* ³⁹ y mediante él se

manifestará en tu alma el camino por el que llegarás a su salvación.

8. Al Señor le agrada la alabanza que procede de una conciencia pura ⁴⁰, como exhorta también el mismo himnógrafo: *“Alabad al Señor, porque el salmo es bueno, que la alabanza sea agradable a nuestro Dios”* ⁴¹. El mismo salmista, teniendo este conocimiento y no ignorando que este ministerio agrada a Dios, afirma: *“Siete veces al día he proclamado tus alabanzas”* ⁴². Y aún promete algo más: *“Mi lengua —dice—, recitará tu justicia, todo el día tu alabanza”* ⁴³. Pues sin duda percibía el beneficio que le reportaba tal obra como él mismo recuerda: *“Invocaré al Señor alabándolo y seré salvado de mis enemigos”* ⁴⁴. Armado con tal defensa, con tal escudo, siendo todavía un niño había destruido aquel fortísimo gigante Goliat y había vencido frecuentemente a los extranjeros ⁴⁵.

9. Tardaría mucho, carísimos, si pretendiera exponeros con detalle todo lo que contiene la historia de los salmos, sobre todo cuando el tema exige aducir algunos pasajes del Nuevo Testamento para confirmación del Antiguo, no se vaya a pensar que el ministerio de salmodiar está abolido, al igual que consta que han caducado muchas de las prescripciones de la antigua ley. Las prescripciones carnales han sido suprimidas, como por ejemplo, la circuncisión, el sábado, los sacrificios, la distinción de alimentos, las trompetas, las cítaras, los címbalos, los tímpanos, todo esto se sustituye hoy por los miembros del hombre que suenan mucho mejor. Ya cesaron y han pa-

sado las abluciones cotidianas, las neomenias, aquella cuidadosa inspección de la lepra, como también otras cosas que en aquel tiempo les habían sido necesarias como a niños ⁴⁶. Por lo demás, las prescripciones espirituales, como la fe, la piedad, la oración, el ayuno, la paciencia, la castidad, la alabanza más que disminuir han aumentado.

En el Evangelio encontrarás en primer lugar que Zacarías ⁴⁷, padre del gran Juan, después de aquel prolongado silencio profetizó en forma de himno. E Isabel ⁴⁸, tanto tiempo estéril, no cesó en su alma de glorificar a Dios una vez que le nació el hijo de la promesa. Nacido Cristo en la tierra el ejército de los ángeles cantó su alabanza, dando *gloria a Dios en el cielo* y anunciando *la paz en la tierra a los hombres de buena voluntad* ⁴⁹. Los niños en el templo aclamaron *Hosanna al Hijo de David* ⁵⁰. No porque los fariseos se indignaran de rabia cerró el Señor la boca de los inocentes sino que más bien se la abrió diciendo: *¿No habéis leído lo que está escrito: De la boca de los niños y lactantes te has preparado la alabanza?* ⁵¹ *Y si éstos callaran gritarían las piedras* ⁵². Y para no entenderme más, el mismo Señor, que es doctor en sus palabras y maestro en sus obras, para mostrar que el ministerio de los himnos le es gratísimo, *una vez dicho el himno salió con sus discípulos en dirección al monte de los Olivos* ⁵³. ¿Quién podrá ya con un tal testimonio dudar del valor religioso de los salmos e himnos, cuando se nos dice

que el mismo que es adorado y cantado por los seres celestes⁵⁴ cantó el himno con sus discípulos⁵⁵.

10. Es sabido que después los apóstoles también lo hicieron así, puesto que ni siquiera en la cárcel dejaron de recitar los salmos⁵⁶. También Pablo habla a los profetas de la Iglesia: *“Cuando os reunís —dice—, cada uno de vosotros tiene un salmo, tiene una enseñanza, tiene una revelación. Y todo se hace para edificación”*⁵⁷. Y en otro pasaje: *Cantaré —dice—, con el espíritu, diré un salmo con inteligencia*⁵⁸. Y Santiago escribe así en su Carta: *“¿Está triste alguno de vosotros? Que ore. ¿Está alegre? Que cante salmos”*⁵⁹. Y Juan nos cuenta en el Apocalipsis que por medio de una revelación del Espíritu vio y oyó la voz del ejército celestial *como la voz de muchas aguas y de fuertes truenos que decían: ¡Alleluya!*⁶⁰ Con lo cual nadie debe dudar de que este ministerio, si se desempeña con fe digna y con devoción, está en relación con los ángeles⁶¹, de los cuales consta que sin dormirse y sin distracción alaban continuamente al Señor en los cielos y bendicen al Salvador.

11. Siendo esto así, hermanos, cumplamos con gran fe el ministerio de los himnos, creyendo que conseguiremos de Dios abundante gracia, por habérsenos concedido junto a tan grandes y tales santos, me refiero a los profetas y a los mártires, cantar las maravillas del Dios eterno, al que con David confesamos *porque es bueno*⁶²; con

Moisés cantamos con aquellos grandes himnos al poder del Señor ⁶³; con Ana, que es tipo de la Iglesia, en otro tiempo estéril y ahora fecunda, fortalecemos nuestros corazones en la alabanza de Dios ⁶⁴; con Isaías velamos de noche ⁶⁵; con Habacuc cantamos salmos ⁶⁶; con los santísimos profetas Jonás y Jeremías cantamos orando ⁶⁷; con los tres jóvenes como si estuviéramos en el horno bendecimos con todas las criaturas al creador de todas las cosas ⁶⁸; con Isabel *nuestra alma engrandece al Señor* ⁶⁹.

12. ¿Qué cosa hay más útil que ésta? ¿Qué cosa más agradable que este deleite? Pues nos deleitamos con los salmos, nos sentimos regados con las oraciones y nos alimentamos con las lecturas que se van intercalando. Y del mismo modo que unos correctos invitados se deleitan con la variedad de los manjares, así nuestras almas se nutren con la lectura variada y la ejecución de los himnos ⁷⁰.

13. Sólo, carísimos, que cantemos con corazón atento y mente despierta, como nos exhorta el salmista diciendo: "*Porque Dios es Rey de toda la tierra, cantadle himnos con sabiduría*" ⁷¹, de modo que el salmo se recite no só-

lo con *espíritu*, es decir, con el sonido de la voz, sino también con la *mente*, para que pensemos en lo mismo que cantamos, no sea que nuestra mente cautiva con pensamientos extraños —como a veces sucede—, realice un trabajo infructuoso. El tono y la melodía cante en sintonía con la santa religión, sin declamar como en una tragedia, sino manifestando en la misma modulación de la voz la simplicidad cristiana, y sin hacer teatro sino provocando a los oyentes al arrepentimiento de los pecados⁷². Nuestra voz debe ser sin disonancias, en plena armonía, sin que uno prolongue las sílabas y otro las acorte y sin que uno baje la voz y el otro la eleve, sino que cada uno se esfuerce por incluir su voz en la armonía del coro que canta, sin destacarse vanidosamente alargando la voz como si fuera una cítara. Debemos celebrar todo el oficio en la presencia de Dios y no por deseo de agradar a los hombres o a sí mismos. En efecto, tenemos un modelo o ejemplo de esta armonía de la voz en aquellos santísimos tres jóvenes de los que nos dice el Libro de Daniel: “*Entonces estos tres como con una sola voz entonaron un himno y en el horno glorificaban a Dios diciendo: Bendito eres, Señor Dios de nuestros padres*”⁷³, etc. Ya veis que está escrito para enseñanza nuestra que los tres jóvenes al unísono con humildad y santidad alababan igualmente a Dios. Así que también todos nosotros debemos cantar como con una sola voz la misma melodía y con la misma armonía de voz. El que no pueda sintonizarse o armonizarse con los demás es mejor que cante en voz baja más que desentonar a todos con una estruendosa voz, de modo que cumpla así su oficio ministerial sin molestar a la comunidad que can-

ta ⁷⁴. No todos poseen una voz flexible y melódica.

San Cipriano exhorta a su Donato a quien sabía dotado para este ministerio: “Pasemos este día —dice—, alegres, y que ni siquiera la hora de la cena quede desprovista de la gracia espiritual: que el sobrio banquete resuene de salmos. Puesto que tienes feliz memoria y melodiosa voz, empieza según sueles hacerlo. Deleitarás mejor a tus amigos si recreas nuestros oídos con cantos espirituales” ⁷⁵. Que la dulzura religiosa nos deje arrobados, pues los que cantan bien poseen la gracia de estimular a la piedad el espíritu de los oyentes. Si la voz de nuestros labios estuviera armonizada a los címbalos que resuenan bien ⁷⁶ nos resultará cosa agradable y nos edificará a los oyentes y toda la alabanza resultará suave a Dios que nos hace habitar concordés en su casa ⁷⁷.

Cuando se canta un salmo ⁷⁸, que todos lo canten; cuando se ora, que todos oren; cuando se hace la lectura, que todos oigan en absoluto silencio ⁷⁹ y escuchen al lector sin que ningún orante interrumpa con sus gritos. Y si llegas mientras se hace la lectura, adora al Señor y hecho el signo de la cruz sobre tu frente presta bien atención.

14. Hay un tiempo de oración cuando todos oramos, y lo hay siempre que quieras. Cuando desees orar en pri-

vado no vayas a perder la lectura con pretexto de tu oración, porque no siempre puede uno tenerla preparada, mientras que el orar está siempre en tu poder. No pienses que se saca poco provecho de la escucha de la sagrada lectura, pues la misma oración se le hace más rica al que escucha en cuanto que la mente, nutrida con la reciente lectura, recurre a las imágenes de las cosas divinas que antes oyó. De María, la hermana de Marta, que, sentada a los pies de Jesús y olvidada de su hermana, escuchaba con suma atención su palabra, la voz del Señor nos confirma que había escogido la mejor parte ⁸⁰. Por esto, de hecho, también el diácono ⁸¹ como un heraldo y con clara voz anuncia a todos que todos observen la unidad en las oraciones, al arrodillarse, al cantar, al escuchar las lecturas, porque el Señor ama a los hombres que tienen un solo corazón y, como dijimos antes, *los hace habitar en su casa* ⁸². A los que habitan en ella el salmo los llama *bienaventurados* ⁸³, porque alabarán al Señor por los siglos de los siglos.